

APÁRTENSE DE MÍ, MALDITOS (Mt 25,31-46)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. ³² Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. ³³ Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. ³⁴ Entonces dirá el Rey a los de su derecha: “Vengan, benditos de mi Padre, reciban la herencia del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; era forastero, y me acogieron; ³⁶ estaba desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; en la cárcel, y acudieron a mí”. ³⁷ Entonces los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ³⁸ ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ³⁹ ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y acudimos a ti?” ⁴⁰ Y el Rey les dirá: “En verdad les digo que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron”. ⁴¹ Entonces dirá también a los de su izquierda: “Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. ⁴² Porque tuve hambre, y no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber; ⁴³ era forastero, y no me acogieron; estaba desnudo, y no me vistieron; enfermo y en la cárcel, y no me visitaron”. ⁴⁴ Entonces dirán también estos: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?” ⁴⁵ Y él entonces les responderá: “En verdad les digo que cuanto dejaron de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejaron de hacerlo”. ⁴⁶ E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna».

Fin del año litúrgico. Fin del camino con Mateo e inicio de un tiempo nuevo. Nuevo porque el tiempo cristiano es litúrgico, teológico y bíblico, distinto al tiempo pagano. El tiempo de la Iglesia se mueve diversamente al tiempo del calendario y civil, que es lineal y unidireccional. El tiempo de la Iglesia es curiosamente cíclico. Se repite cada año y cada tres años. Es cíclico pero se avanza, no hacia un porvenir tecnológico o digitalizado, tampoco hacia el caos o hacia un destino fatal. Avanzamos hacia el encuentro con Cristo, hacia la Parusía, hacia la realización del Reino de justicia prometido por Jesús. Caminamos hacia la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén de la cual un día seremos ciudadanos (Ap 21). Escucha bien y no pases de largo estas líneas. No caminamos hacia un sitio de luz o hacia un jardín paradisiaco. Vamos a una ciudad, la Ciudad Santa. Ésta es la última promesa del Señor: una ciudad. Y lo que abunda en ella no es sino gente. Curioso.

Juicio final

Es el título que la Biblia de Jerusalén ha puesto a este texto mateano y así se hizo famoso este párrafo. Pero podría tener otro título. Los títulos o subtítulos que aparecen en la Biblia no son palabra de Dios. Son indicaciones de los editores para una mejor comprensión del texto. Muchas veces aciertan y otras no. Aquí se trata de un juicio que no corresponde solo al final de los tiempos. También es un juicio cotidiano, pues, según

como respuestas tendrás «vida» (46b), no solo en el más allá, sino tendrás vida hoy, «vida eterna» (46b). Según como vivas obtendrás Vida. Mira el ejemplo de aquellos «benditos» del Padre (34b). Porque Jesús vino para que tengamos «vida y vida en abundancia» (Jn 10,10). Vida que se cuenta no a partir del día de tu muerte, sino desde hoy.

El hijo del hombre separará

Uno de los atributos principales de la divinidad, en el Antiguo Testamento, consiste en separar. Dios «separó» la luz de las tinieblas, las aguas por encima del firmamento y por debajo del firmamento, también separó las aguas de la tierra (Gn 1,3-10) y luego las aguas del mar Rojo (Ex 14,15). Separar es un atributo divino. Escucha bien. Separar no es un atributo humano. En el Nuevo Testamento, cuando delante del «Hijo del Hombre» estén «congregadas todas las naciones de la tierra» (32), Él separará «ovejas a su derecha y cabras a su izquierda» (33). Porque solo el Hijo del Hombre posee la facultad de separar lo bueno de lo malo, el trigo de la cizaña. Antes de continuar, un breve paréntesis, pues esta parábola lo entiende mejor el campesino rural y no tanto el ciudadano de las congestionadas urbes. En aquella época, los campesinos separaban en los establos, al final del día, las ovejas de las cabras, porque las ovejas al poseer más lana resisten más al frío. Era un trabajo cuidadoso si deseaban mantener el rebaño. Y Jesús usa esta imagen y no otra porque además las ovejas, a diferencia de las cabras, son blancas. El blanco, en el mundo bíblico, es sinónimo de Luz y de la Divinidad (en la trasfiguración su vestido se volvió blanco como la nieve, por ejemplo). Los que realizan obras buenas las hacen en plena luz del día, de modo muy distinto a los malos que se mueven en la oscuridad pues aquellos son «benditos del Padre» (34b). Porque dan de comer, de beber, de vestir, visitan y acogen desinteresadamente. Éstos son blancos y brillan en este mundo oscuro dominado por el egoísmo, la violencia, el odio, la avaricia y la indiferencia.

Se sentará en su trono de gloria

¿Cuál es, entonces, el trono del Hijo del Hombre? Según los evangelistas, y no según nuestras suposiciones o nuestras imaginaciones artísticas, el trono del Hijo del Hombre es la Cruz. Señor, le dijeron dos de sus discípulos, «concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda». «No saben lo que piden», respondió inmediatamente el Señor refiriéndose a la Cruz (Mc 1035-30). El trono del Señor es la Cruz. ¡Frente a este trono de Gloria sucederá el juicio! ¡Frente a este trono, que es la expresión más alta del amor! No es un trono glorioso como el trono de los reyes de la tierra, tampoco se trata de un juicio como el juicio de los poderosos de la tierra. Éstos premian a los buenos y castigan a los malos. ¡Cuántas interpretaciones desalineadas y caprichosas, entonces! El trono es la clave para interpretar este texto. Es decir, desde el trono de la Cruz, donde el hombre auténtico y sin defecto alguno amó hasta el extremo, porque todo lo hizo con amor, desde allí el Hombre verdadero, el Hijo del Hombre, separará unos de otros. Así es. El hombre perfecto en el amor será el juez universal. Desde este trono de Gloria seremos juzgados en el amor. Seremos juzgados frente al trono del amor. Y según este trono, o según esta sabia doctrina, el hombre perfecto es aquel que ama, que da la vida por el otro, incluso con gestos sencillos, como dar de comer, dar de beber, vestir, visitar, compartir. Así fue como vivió el hombre perfecto, y así será juzgada tu humanidad: cuánto te asemejaste a este Hombre o cuánto distanciado de Él viste. Este es el nuevo juicio. Porque, «lo que hiciste con un pequeño, a mí me lo hiciste» (40). El juicio divino consiste, entonces, en confrontarse con el Hombre verdadero. Por eso dijimos que no es necesariamente un juicio final sino terrenal. Porque si

vives como el Maestro vivió, tendrás «vida y vida en abundancia» (Jn 10,10). Vida para dar, vida para compartir, vida para repartir.

Apártense de mí, malditos

«Maldecir», en el lenguaje bíblico (del hebreo *arur*) significa «cortar los puentes», «no tener nada que ver contigo». El maldito era expulsado de la tribu, arrojado a su suerte, sin que nadie se interesara por él, arrojado a la *gehenna* eterna de la soledad, al *fuego* que arde eternamente entre las inmundicias, al sur de la ciudad de Jerusalén, que es la muerte. El maldito, según este texto, es aquel que no vive, entonces, como Jesús. Porque lo que no hicieron con un pobre, no lo hicieron conmigo (45b), dice Jesús. Bendito, en cambio, es aquel que vive y se relaciona como Jesús. Bendito el que sabe ver quién necesita agua, pan, vestido, acogida y afecto (35-36). «Maldito», en cambio, será llamado aquel que no abre los ojos para ver quién necesita agua, comida, vestido, acogida y afecto (42-43). Maldito es aquel que no sabe relacionarse en el amor. Y si este que no sabe vivir una relación de amor, que no sabe dar agua, pan, vestido, afecto o casa al pobre es llamado «maldito», como lo llamará el Señor – pregunta San Agustín – a aquel a quien le diga más bien: tenía agua, tenía pan, tenía vestido, tenía casa... ¡y tú me lo quistaste! ¿Cómo llamará a éste, el Señor? ¿A dónde lo enviará? ¿Dónde nos pondrá el Señor?